

CAPÍTULO 8

Acontecimiento y cotidianidad: mirar a través de las cosas

*María Emilia Horna, Jorgelina Kracher
y Eduardo Francisco Riegler*

Lo que ocurre cada día y vuelve cada día,
lo trivial, lo cotidiano, lo evidente, lo común, lo ordinario,
lo infraordinario, el ruido de fondo, lo habitual.

George Perec, LO INFRAORDINARIO.

Introducción

Siempre nos habla el acontecimiento, lo insólito, lo extraordinario. Pero la antropología es y ha sido pionera en el ejercicio de indagar en lo que está debajo del velo, en interrogar lo que para siempre parece haber cesado de sorprendernos. Interrogar “lo infraordinario”. Desnaturalizar y extrañarse han sido y son los pilares del quehacer antropológico.

Para nosotrxs la inundación fue un hecho extraordinario que hizo hablar a nuestras cosas comunes. Había pasado un año, la ciudad continuaba con sus ritmos cotidianos y muchas familias seguían a tientas procurando reponerse. Desde ese contexto, nos dispusimos a interrogar y a describir los procesos de construcción de esa memoria. Nos propusimos partir de la indagación de los significados otorgados a los objetos por sujetos que habitan en la ciudad de La Plata y que se vieron en desigual afectación por la inundación del 2 y 3 de abril del año 2013. Asimismo, teniendo en cuenta que los objetos son portadores de sentido en los que se materializan diversas prácticas y representaciones, nos preguntamos si hubo un cambio en los sentidos y en los lugares otorgados a las materialidades una vez que ocurrió la inundación, y en caso de encontrar desplazamientos: ¿Cómo se generó dicho cambio? ¿Cuál fue el nuevo lugar otorgado a las materialidades? Para finalmente reconocer en ello: ¿Qué nos dicen esos cambios?

Dado el tiempo con el que contamos y la preferencia por experimentar la realización de entrevistas, elegimos abordar el análisis trabajando con los relatos de dos mujeres directamente afectadas por la inundación. De este modo, realizamos dos entrevistas semi-estructuradas en profundidad: a G., una mujer de unos 35 años que vive con su familia en el barrio Villa Elvira y su casa está a uno de los costados del arroyo Maldonado; y a E., una mujer de

84 años que vive junto a su hija en el barrio La Loma. El criterio de selección lo basamos en las zonas geográficas de residencia, por el contacto más o menos directo con las familias y por las posibilidades de concretar las entrevistas. Elegimos comparar dos supuestos casos contrastantes en términos de barrio, ingreso, impacto, edad, lugar social ocupado, seguido del grado de legitimidad. Ya que, entendemos que los relatos y la consecuente decodificación de los datos están íntimamente asociados a la posición que cada entrevistada ocupa en la estructura social y al modo en que vivió (y vive) la experiencia. Preferimos hacer las entrevistas en los domicilios de cada una de ellas debido a que el espacio cotidiano con sus recorridos y sus elementos (barrio, casa, distribución interna de las cosas, habitaciones) tienen vital importancia para la perspectiva antropológica que adoptamos. En este sentido, destacamos una mirada que procura exotizar la trama cotidiana, desfamiliarizarla. Abordar el acontecimiento monitoreando el contexto cotidiano nos permitió discutir con elementos fijados por el efecto de la rutinización de las acciones. Asimismo, la lectura y el análisis de las entrevistas las hicimos atendiendo a movimientos, expresiones y silencios que las personas toman en el transcurrir de las mismas y que consideramos reveladores o significativos.

Con la implementación de este tipo de entrevistas buscamos obtener datos cualitativos bajo el propósito de cumplir con los objetivos planteados. Indagamos primero sobre elementos más generales para propiciar un espacio cómodo y distendido; luego, y en función del camino que tomara el diálogo nos inmiscuimos en la inundación propiamente dicha, haciendo preguntas indirectas, que vinculasen el acontecimiento con las materialidades y sus representaciones; y finalmente, intentamos interrelacionar los relatos y enfatizar en el “cambio” con preguntas tales como “¿Cómo fue volver a tu casa?”, “¿Con qué te encontraste?”. En las tres instancias hicimos foco en un *continuum* temporal en tanto atendimos al modo en que las personas vivieron (y viven) la inundación desde el momento en que ocurrió hasta el día de hoy. De este modo, tomamos el concepto experiencia como categoría analítica, ya que nos permitió insistir en la cualidad productiva del discurso. “La experiencia es la historia de un sujeto, y el lenguaje es el sitio donde se representa la historia” (Scott, 2001, p. 66).

Finalmente, una vez realizadas las entrevistas buscamos ejes que nos permitieran comparar ambos casos y asociarlos a los supuestos propuestos por nosotros. Buscamos identificar “categorías de la práctica”, conceptos desarrollados por las entrevistadas que actuaran como contenedores de sentido. Y en ellas también buscamos “marcas” que nos hablasen del vínculo con esas materialidades, de las expectativas puestas y de las transformaciones y desplazamientos en relación y referencia con las condiciones específicas de existencia. Hablar después de escuchar, porque escuchar es también un modo de mirar. Nuestra propuesta metodológica la enhebramos desde una serie de gestos: curiosear, averiguar y comunicar. Y en esa trama nuestra mirada ha sido cuestionada y transformada por el diálogo que exige toda aproximación a un problema social.

Al pensar la inundación como un acontecimiento que irrumpió en un escenario previamente existente optamos por usar el concepto *bricoleur* (o *bricolage*) -propuesto por Lévi Strauss-, ya que nos permitió dar cuenta de la manera en que objetos y símbolos son reordenados y recontextualizados

comunicando nuevos significados. De este modo, fragmentos de estructuras preexistentes, que respondían a un mundo en el que ya no nos encontrábamos sirvieron para trazar otros nuevos.

Narraciones situadas e historias entrecruzadas

Nuestro interés por la experiencia expresada en las materialidades se dio por las trayectorias de vida que pudimos leer en ellas. Acceder a los espacios cotidianos de las mujeres que entrevistamos nos pareció tan importante como las caracterizaciones que ellas mismas nos dieron en sus relatos. Procuramos entrecruzar nuestras miradas y compartir anotaciones y descripciones de los espacios y sus elementos. De este modo, coordinamos realizar las entrevistas en sus domicilios.

G. fue la primera persona que entrevistamos. El contacto con ella lo realizamos a través de una de las integrantes del grupo. Su casa estaba ubicada en el barrio Villa Elvira. Para llegar recorrimos un camino de tierra iniciado desde la avenida 13, interrumpido por delante y hacia el lateral derecho por el arroyo Maldonado y por campos que se extendían más allá. El material de la casa era de madera, constaba de dos ambientes y tenía un pequeño patio delantero; espacio donde nos invitó a sentarnos para realizar la entrevista. La puerta de su casa estaba abierta habilitando nuestra mirada cada vez que ella quería mostrar detalles que aparecían en su relato.

Nuestra segunda entrevistada fue la abuela de una amiga de nosotrxs. E. nos esperaba en su negocio ubicado a metros de su casa en el barrio La Loma. Tomamos un micro y nos bajamos en el Parque Alberti y la avenida 38, desde allí continuamos por la avenida y caminamos dos cuadras para arriba hasta dar con la ferretería que atiende E. desde hacía casi treinta años. De un lado estaba su casa y del otro una casa de dos plantas en la que vivía su hijo mayor con su familia. Nos recibió en su negocio, pero enseguida nos invitó a pasar a la cocina de su casa para conversar más tranquilxs. Ésta constaba de varios ambientes, un patio delantero, un garaje, living comedor, habitaciones, un patio interno con pecera y un patio amplio en el fondo. Todas las aberturas estaban enrejadas.

Ambas personas entrevistadas atravesaron momentos de su experiencia que les han dejado marcas inscriptas en la memoria y en la práctica cotidiana. Las narraciones de la inundación han de situarse en los ritmos de la vida diaria de G. y E. Nuestra lectura no puede prescindir de ese contexto de enunciación.

En este sentido, como manifestamos en la introducción, la incorporación del concepto de experiencia como categoría analítica nos posibilita entender los procesos por los cuales lxs sujetos otorgan significados a los objetos de manera relacional, dando a la lectura una impronta histórica y política tanto individual como colectiva. Procuramos contextualizar y posicionar los relatos de lxs sujetos en una estructura social específica. De modo que, experiencia, *estructura*, *campo social* e historia son conceptos de los que hicimos uso y que intentamos interrelacionar.

En relación a la (re)estructuración

“Llegamos a La Plata hace siete u ocho años. Primero alquilamos una casa en el barrio El Carmen y hace cuatro años logramos comprar un terreno acá” nos dice G. Ella es de nacionalidad paraguaya. Llegó a la Argentina con sus hijxs más chicxs, mientras que lxs mayores se quedaron allá y recién pudieron viajar hacía unos cinco años atrás. Para ese momento vivía en Villa Elvira con su marido, y sus tres hijxs: A. de 17 años, J. de 11 y B. de 3. Ella nos contó que la migración implicó un “empezar de cero”. De modo que, la inundación no sería el primer acontecimiento que le tocaría atravesar y que le significaría rearmarse. No obstante, al entrecruzar ambos eventos que interrumpieron súbitamente la vida de G. fue posible advertir que las representaciones del acontecimiento que nos propusimos abordar estaban ligadas a las condiciones sociales de existencia.

E. era de la ciudad de La Plata. Vivía en su casa del barrio La Loma junto a su hija C. de 53 años. Ella también nos relató un suceso que alteró los días de su vida. En la década del '70 quedó viuda y la ferretería que administraba su marido pasó a estar a su cargo. En ese desplazamiento destacó haber tenido que aprender trabajos que le implicaban fuerza física.

Más adelante veremos en detalle cómo ambos eventos que formaron parte de la experiencia y de las condiciones sociales de G. y E. dialogaron con la inundación, qué implicancias tuvo en la (re)estructuración de sus vidas.

En relación a las espacialidades

La experiencia propia juega un papel central a la hora de configurar el espacio físico donde se anclan materialmente las representaciones y las prácticas que nos propusimos analizar. Las representaciones que se producen de (y en) la ciudad dependen de las características de la experiencia social de lxs actores, a la vez que organizan dicha experiencia orientando y otorgando sentido a las prácticas.

Ramiro Segura (2010) hace uso del concepto formulado por Morris de *territorialización emocional* con el que señala que el habitante busca configurar o traducir territorialmente aquellas percepciones y sentimientos experimentados y vividos dentro del espacio urbano marcando los lugares significativos. Segura plantea que muchas veces los mapas mentales pueden estructurarse a partir de instantes, de sensaciones y de encuentros, de espacios llenos y vacíos. Este concepto nos permite reparar en la contextualización de las entidades culturalmente construidas, es decir, atender al espacio físico cargado de “sensaciones” proporcionadas por la experiencia de la inundación. Desde este lugar buscamos (re)construir la imagen que E. y G. tienen sobre la ciudad.

E. explicitó cómo ve y vivió el espacio durante la inundación y las cosas que les pasaron a sus vecinxs en relación y referencia a la rambla, las calles, los límites (de aquél lado de la 31,

el barrio de paraguayos como ella lo nombra), y la seguridad de tener a unos metros la casa de su hijo donde pudo guarecerse.

Mira, acá en la rambla te daba tristeza mirar porque parecía después de una guerra porque la gente tiraba los juegos de sillones porque les había cubierto el agua, así que toda la rambla de punta a punta era salir y mirar todo eso -sillas, mesas- la gente tiraba todo porque, todo, colchones.

También las situaciones vividas por sus vecinxs:

De la 131 para aquel lado, las cosas que cuenta la gente mira... de venir caminando agarrados todos de la mano y pedir a alguien que tenga una casa con lugares arriba como para guarecerse, pedían ayuda para poder subir y quedarse en las terrazas o en algún lado, porque el agua se lo llevaban dicen. Así que sí, fue muy doloroso, muy feo.

G., por su parte, teniendo que desplazarse con su familia a la rotonda de 90 para llegar a una escuela que les brindó refugio, ilustró algunas de las dificultades de ese recorrido:

Mientras salíamos caminamos a oscuras buscando los lugares más altos, no veíamos nada, el agua negra negra y había de todo... a mi hijo mayor lo agarraron las hormigas y tenía después todo marcado, todo ronchas en la panza.

Tanto G. como su marido manifestaron emotividades asociadas al territorio, construyeron un paisaje del espacio habitado que les hizo recordar cuánto les costó comprar el terreno y construir la casa, a la vez que les asaltó un profundo temor por perderla. Aquí es cuando G. nos dijo que, en el medio de la marcha hacia la escuela mientras ella y sus hijxs decidieron adelantar el paso, su marido se quedó entre el agua y la oscuridad colocando un candado en la puerta de su casa.

Al día siguiente de la inundación nos describió su situación de miedo, inseguridad y desconfianza sobre la posibilidad de que su casa siguiese en pie. Su marido nos relató su sensación de vulnerabilidad al observar el frágil soporte de varias casillas que rodeaban su casa. También nos describió el paisaje con el que se fueron encontrando días después:

Aquí, en el campito aquí en frente era un desastre todo. Apareció de todo de lo del barrio de acá atrás, heladeras, lavarropas, todo. Había también animales muertos, vaca, caballos que estaban acá en frente y aparecieron más allá del otro lado todos muertos.

Los relatos fueron entrecruzándose desde ángulos visuales distintos. E. se colocó como espectadora que observaba desde lo alto de la casa de su hijx el caminar de sus vecinxs en busca de refugio, y G. como quien busca un lugar donde protegerse. G. y E. pudieron resolver de modo

diferente dónde pasar la noche del 2 de abril y los días posteriores. En un caso, los lazos colectivos se dieron más allá de la familia, y en el otro, la respuesta fue exclusivamente familiar.

En relación a los objetos

Cuando quisimos salir, estaba cerrado acá con llave (cerradas las puertas) y ese cerramiento que tengo yo, que son puertas corredizas, cerrado. Entonces cuando quisimos salir por el comedor por allá no podíamos abrir la puerta; empujamos y no, la fuerza del agua que venía por el pasillo del fondo no dejaba abrir las puertas, y aquellas puertas que son puertas corredizas entre las dos hicimos fuerza y conseguimos correrlas...En el momento que las corrimos -que se podrían haber roto los vidrios- fue como una ola que entró todo en el “cerramiento”. Así que dejamos tal cual las puertas, así como fue nos fuimos, pero fue tremendo cuando volvimos.

E. nos contó que vivía en una zona alta y que nunca antes se había inundado. Nos dijo también que junto a su hija empezaron a poner trapos y toallas sobre las puertas pensando que se trataba de una cosa pasajera. Viendo que la situación no mejoraba, el nieto que vivía a media cuadra se acercó para darles refugio en su casa. E. nos dijo que no atinó a agarrar nada de nada, “ni dinero, ni alhajas, ni fotos”, sino que buscó escapar del agua que se acumulaba.

Esta descripción que hizo E. mientras nos relató la huida de su casa fue un elemento característico de su narración, ya que no apareció en la entrevista de G. Allí, en ese gesto de querer salir y encontrar las puertas con llave podemos leer una rutinización representada que se vio alterada por el acontecimiento: “dejamos tal cual las puertas, así como fue nos fuimos”. Cabe preguntarnos si ese sobresalto habrá generado una desnaturalización del comportamiento que la llevó a construir nuevas representaciones. G. también atravesó esa noche del 2 de abril con mucha zozobra. “Saqué todo lo que más quería, mi hijo. Después lo demás se puede recuperar de a poco”. A las corridas tuvieron que irse de su casa en medio de la noche, G. nos relató la marcha de su familia y sus vecinxs a una escuela del barrio que les brindó refugio. En su descripción solo nombró su casa y la puerta de su casa, nos dijo que ella junto a sus hijxs se adelantaron en la marcha, mientras que su marido se quedó poniendo el candado a la puerta. No hubo otros objetos en este momento del relato. Las pérdidas materiales recién irían apareciendo unos días después cuando el agua bajó y lograron volver a casa.

Es importante destacar que el énfasis puesto en cada objeto estuvo dado de forma distinta en el caso de una y otra entrevistada. G. siempre atendió a hablarnos de su casa como un espacio total del que sobresalía la pieza y elementos tales como placard, televisor, cama y lavarropas.

Perdí todito. Mi cama... todo. Para mi cama hasta ahora no compré. Perdí todito. Y ropa también perdimos un montón, porque había ropa que no se

podía lavar más. Lo que estaba en el ropero por lo menos se pudo lavar pero lo que estaba por ahí no se podía

Mientras que E. acentuó tanto en las diversas habitaciones del interior de su casa señalando la marca del paso del agua negra en la pared, los pisos de parquet humedecidos, los azulejos del baño, como en las fotografías y en las sillas.

A pesar de las diferentes significaciones otorgadas a las materialidades, una vez que ordenaron las cosas de sus viviendas, ambas nos expresaron que buscaron reubicar los objetos más significativos en los lugares más altos, de manera tal que, ante otra posible inundación, no se pierdan. Páginas atrás dijimos que ambas mujeres entrevistadas pasaron por diversos acontecimientos que habían actuado como clivaje en sus vidas, dijimos también que esos sucesos se articularon de forma específica con la inundación. Los relatos dejaron en evidencia la desigualdad de condiciones para solventar las pérdidas materiales y exigir el acompañamiento del estado en las reparaciones económicas.

Sí, hubo ayuda. A mí me ayudó mucho, me ayudaron mucho los de Santa Cruz (iglesia -la aclaración es nuestra). Después yo no recibí ayuda casi después de otro lado. Los que a mí me ayudaron fueron Meli y esos (amigxs de Jorgelina). Porque en ese momento, no tenía, o sea que no tenemos DNI. Y uno si no tiene DNI no, no puede pedir nada.

La cita nos reveló las dificultades de G. para tener garantizados sus derechos básicos. Al tratarse de una persona migrante que aún no tiene el documento de identidad nacional, ni ella ni su familia lograron acceder a préstamos o programas que le permitieran siquiera recuperar algo de todo lo perdido. Por lo que dijo, y por el tono que usó para decir, se percibió en G. una voz desautorizada y sin derecho a reclamar nada. Su posición y rol social la excluyó de toda posibilidad de inclusión y acceso (en sentido amplio), no solo desde lo que puede ofrecer el estado sino también en términos de Bourdieu (1991), del capital social con que cuenta.

En contraste, E. minimizó su situación al compararse con diversas historias que sus vecinxs le irán contando y compartiendo: “Tengo la suerte de estar con vida” (...) “lo material se recupera con el tiempo”. Asimismo, E. contaba con documento argentino y con un comercio a su nombre. Esto le proporcionó ciertas facilidades y la oportunidad de acceder a un préstamo otorgado por el banco con el que solventó parte de las pérdidas sufridas en su ferretería. “Decir que nos dieron algunos préstamos entonces, el Banco Provincia nos dio un préstamo y con eso pudimos ir comprando mercadería y reponiendo”.

En los análisis de las entrevistas percibimos un acceso desigual a los recursos. La reparación material de las infinidad de pérdidas sufridas por la inundación estuvo directamente vinculada a la posición que cada mujer ocupaba en la estructura social. Cabe, sin embargo, decir que la estructura no es inquebrantable. Una época de movimiento y de conciencia del desorden es a la vez una época de grandes riesgos y grandes posibilidades (Reguillo, 1996, p. 34).

Limpiar para (re)establecer el orden

Al contarnos sobre las actividades luego de la inundación fue recurrente el uso de la palabra limpieza que aludió no sólo a la acción misma de limpiar, sino también a una necesidad de (re)establecer el orden suspendido por el evento que ambas mujeres experimentaron. Dada la capacidad de sentido que encierra, decidimos tomarla como categoría nativa. Considerando la postura de Turner (1980) acerca de los efectos en los cambios de estado proporcionados por los ritos de pasaje, la acción de lavar no se termina en el hecho de que reluzcan nuevamente las casas sin barro ni grasitud, sino que persigue un cambio de estado y posición de lxs sujetos hacia un orden determinado. Resulta una acción sumamente representativa de la transición atravesada por las mujeres una vez ocurrida la inundación.

El acontecimiento moviliza la estructura y las reglas de juego desenvueltas a su interior, lo que nos estaría indicando una “fase de separación” en términos de Turner (1980) que genera en lxs sujetos un estado de desconcierto. En este sentido, G. y su marido nos contaron cómo trabajaron durante varios días en pos de volver a habitar su casa. G.: “Había humedad, había mosquitos, pusimos el espiral así con una botella y así se ablanda el espiral, se suelta todo... es la humedad”. Por su parte el marido de G.: “Y estamos por lo menos tres días, miércoles, jueves, viernes, sábado. Tres días estaba el agua, abajo del agua. Pero lleno de barro, yo sacaba barro, barro, barro”.

También E. describió el proceso de (re)habitar su casa trabajando en la limpieza:

Después fue terrible porque para lavar toda esa ropa, toda la ropa. Además, venía con una grasitud a la altura del baño, 70 cm, sacar todo eso pegado a los azulejos con una grasitud, un agua negra que tenías que sacarlo después con lavandina... Hemos trabajado tanto mira que... Así que te digo que colchones, sábanas que tenía en el ropero en el placar, en la parte de abajo, ropa, todo eso.

Limpiar contuvo así, la eficacia simbólica de actuar sobre lo real, como acto de comunicación e institución.

Reflexiones finales

Es preciso decir que para nosotrxs el cambio está omnipresente, pero quizá muchas veces no seamos conscientes. Ciertos eventos aceleran movimientos que se encuentran latentes. En este sentido, cabe a la antropología interrogar, sospechar y cuestionar; y es en relación a esto que pensamos al desastre como un acontecimiento revelador de contradicciones y un escenario estratégico para generar preguntas.

A ambas mujeres la inundación las tomó por sorpresa y sus relatos dibujaron una construcción del espacio que evidenciaron distintas formas de habitar la ciudad. Cada una de ellas representó

una periferia propia: en el caso de E. “de la 31 para allá”, y en el de G. cuando describió el otro lado del arroyo, ese “campo con caballos y vacas muertas”. En estos mapas fue posible leer los efectos de la inundación, y las redes de contención y acción.

Para ambas personas entrevistadas hubo momentos experienciales que les han dejado marcas inscriptas tanto en la memoria como en la práctica cotidiana. Acercarse a observar el arroyo para ver qué tan crecido está o (re)ubicar elementos tales como fotos, documentos, sábanas y frazadas en lugares bien altos de la casa, fueron ejemplos de acciones concretas desplegadas por estas mujeres que continuaron viviendo en el mismo sitio donde se inundaron.

Los análisis de las entrevistas mostraron que, por un lado, en la lucha por acceder a recursos para solventar las pérdidas materiales, las diferencias y las (im)posibilidades se hicieron notorias según la posición social ocupada en relación al trabajo, la nacionalidad, el acceso a la ciudadanía así como también por el capital económico necesario para los gastos más urgentes. Por otro lado, resaltaron la importancia y prioridad de los vínculos familiares ante la magnitud del acontecimiento reflejando el valor de la vida. Cuando le preguntamos a G. si hubo alguna cosa que perdió que estimaba mucho, ella nos respondió “no, nada. Saqué todo lo que más quería, mi hijo. Después lo demás se puede recuperar de a poco”. Lo mismo E. cuando “no atinó a agarrar nada de nada, sino que buscó escapar del agua que se acumulaba”.

Sin embargo, abordar la inundación reparando en los elementos que componían la cotidianidad de las mujeres que entrevistamos nos permitió pensar el acontecimiento más allá de su caracterización extraordinaria y excepcional. Nos permitió interrogar ciertas posiciones sociales otorgando movilidad y dinamismo a lugares que se nos prefiguraban petrificados a primera vista. Las materialidades que predominaron en las conversaciones que mantuvimos con las entrevistadas no eran meros adornos o referencias anecdóticas, sino que, configuraban los mundos de E. y G. Y nos dieron lugar a preguntas y aproximaron a lecturas más allá de estas páginas que escribimos.

Referencias

- Bourdieu, P. (1991). Estructuras, habitus y prácticas. En Bourdieu, P. *El sentido práctico*. Taurus.
- Perec, G. (2013). *Lo infraordinario*. Eterna Cadencia.
- Reguillo, R. (1996). *La construcción simbólica de la ciudad de México. Sociedad, desastre y comunicación*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
- Scott, J. (2001). Experiencia. *La Ventana, Volumen 13*, 42-73.
- Segura, R. (2010). *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) - Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). https://repositorio.ungs.edu.ar/bitstream/handle/UNGS/452/Tesis_Segura.pdf?sequence=1
- Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Siglo XXI.